
ROMANCE HISTÓRICO
H
Tiempos difíciles
Helen Dickson
Harlequin Internacional™

# Tiempos difíciles

Helen Dickson



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Helen Dickson. Todos los derechos reservados.
TIEMPOS DIFÍCILES, Nº 417 - junio 2010
Título original: Belhaven Bride
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2008.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8584-3
Editor responsable: Luis Pugni

# *Uno*

*1932*

Era un húmedo día de invierno en Londres. La lluvia golpeaba las ventanas del despacho del señor Rothwell, difuminando las siluetas de los viandantes en la calle. El despacho era espartano y frío; el señor Rothwell, grande y firme, no se encontraba de buen humor. Con brusquedad presentó a Anna a un hombre con el nombre de Alex Kent.

Dando un paso al frente, el señor Kent expresó su compasión por su duelo. Su voz era profunda, fuerte y ligeramente acentuada; de Europa del este, pensó Anna. Había un aire patricio, casi arrogante a su alrededor que sugería educación y dinero. Sin embargo, Anna estaba tan nerviosa y asombrada por la ocasión que no le prestó atención. Sólo estaba interesada en lo que el señor Rothwell tuviera que decir.

Al recibir la carta, pidiéndole que concertara una cita en el despacho de abogados de Rothwell y Rankin en Londres para leer el testamento de su madre, no había sabido qué esperar; aunque, por

supuesto, no sabía suficiente sobre abogados y testamentos como para hacer comparaciones. Desde entonces, sus expectativas y sus malos presagios habían ido creciendo dentro de ella.

El señor Rothwell señaló hacia una silla tapizada con cuero que había frente al escritorio.

—Por favor, siéntese, señorita Preston.

Vestida con un traje marrón y corbatín a rayas, Anna se quitó el sombrero y lo dejó en el escritorio frente a ella. Se sentó al borde de la silla y apretó los labios, al observar fijamente al abogado. Mirando la carpeta que tenía delante, el señor Rothwell explicó brevemente las condiciones del testamento. Aparte de unos pocos objetos personales de su madre, no había nada de valor; ni dinero ni propiedades.

Aquello no le sorprendió, pero sí el hecho de que su madre la hubiese puesto bajo la tutela de lord Selwyn Manson. Lord Manson era el abuelo materno de Anna, un hombre del que prácticamente no sabía nada; y lo poco que sabía no era agradable. Dado que su madre siempre hablaba de él en pasado, había imaginado que habría muerto.

Anna escuchó en silencio, apretando los dedos sobre su regazo y sintiendo cómo sus ganas de gritar aumentaban.

—Esto me resulta algo sorprendente, señor Rothwell. Mi madre me protegió toda mi vida, ocultándome cosas. A veces hablaba de mi padre, que era artista y murió en la guerra antes de que yo naciera, pero me contó muy pocas cosas de su pasado; sólo las desagradables circunstancias que hicie-

ron que tuviera que irse de casa. No sabía que me quedara familia, y mucho menos un abuelo; ni tampoco que fuera miembro de la nobleza.

—Lord Manson siempre ha sabido de su existencia. Estoy en contacto con los abogados de su abuelo, y me alegra que el señor Kent, que es el consejero y socio de su abuelo en asuntos de negocios, haya podido dejar de lado sus asuntos para estar hoy presente.

Anna no dejaba de mirar al señor Rothwell, sintiendo los ojos del formidable señor Kent, sentado en el sofá tras ella, quemándole en la espalda.

—¿Por qué no ha intentado mi abuelo ponerse en contacto conmigo?

—Su madre se lo prohibió. Sin embargo, en su testamento estipula que, a su muerte, y hasta que usted cumpla los veintiuno, su tutela pasará a su abuelo.

—No lo comprendo —dijo Anna—. ¿Por qué iba a hacer mi madre una cosa así? ¿Por qué iba yo a importarle a mi abuelo?

—Es su única heredera, señorita Preston, y, cuando él muera, se convertirá en una mujer adinerada.

En ese momento, la cantidad de dinero de su abuelo no le resultaba interesante; era la alteración que supondría en su vida ese testamento lo que llamaba su atención.

—¿Él desea verme?

—En algún momento.

—¿Y puedo preguntar cuándo? —preguntó ella. Su tono no revelaba nada; ni sorpresa ni dolor, que era lo que principalmente sentía.

—Cuando haya completado su educación.

—Pronto haré los exámenes finales. Mis profesores han estado preparándome para la universidad y esperaba poder hacer el examen de ingreso en Oxford. Había pensado en una profesión para la cual un título universitario es esencial. Sin embargo, ahora no tengo los medios necesarios para asistir a la universidad, así que estaba pensando en hacer un curso de secretariado en su lugar. Debo trabajar para mantenerme, como usted comprenderá.

—Mi querida señorita Preston, puede olvidarse del trabajo.

—¿Por qué? En algún momento tendré que trabajar.

—De eso no hay duda. Debe reconsiderar su futuro. Cuando haya hecho los exámenes, su abuelo ha expresado su deseo de que continúe su educación en Europa.

—¿Y después?

—Se irá a Belhaven, que está en Buckinghamshire, su hogar.

El señor Rothwell siguió hablando de Belhaven y de los planes de lord Manson para su futuro; una puesta de largo, fiestas de sociedad. Anna simplemente contestaba con monosílabos. Hizo alguna que otra pregunta, mostrando ninguna curiosidad por Belhaven ni por el hombre que iba a ser su tutor. Fueron interrumpidos cuando la secretaria llamó a la puerta y entró, expresando su deseo de hablar en privado con el señor Rothwell. El abogado se excusó y salió del despacho.

Alex Kent, que había estado escuchando en

silencio, se levantó y se acercó a ella. Se quedó mirándola fijamente. A sus diecisiete años, aún había algo de niña en ella; de hecho, Anna Preston parecía tan virginal como una monja en un convento. Parecía calmada, controlada, lo cual probablemente sería su manera habitual de hacer las cosas. Pero, bajo su fachada, parecía ocultarse una energía feroz y ardiente.

Al ser presentados, ella lo había mirado con inseguridad, aceptando su mano. Su apretón había sido sorprendentemente fuerte para su edad y, cuando habló, su voz sonó suave y segura. Su primera impresión al verla había sido «qué señorita tan remilgada», y después «qué señorita tan hermosa». Su piel era pálida, sus rasgos suaves y delicados, pero fueron sus ojos de color violeta y sus cejas arqueadas los que llamaron más su atención. Su pelo era largo, negro y sedoso, recogido con un lazo marrón en la nuca. Su expresión era fría y severa; una expresión que él entendía. Era la imagen de una chica que nunca había sido feliz; que tenía miedo de permitirse una emoción tan frívola por si acaso se la arrebataban.

—Su abuelo y yo somos amigos desde hace muchos años —dijo Alex—. Él se dio cuenta de los muchos problemas a los que tendría que hacer frente hoy y me pidió que viniera para cuidar de usted. Yo he aceptado esa responsabilidad.

—¿Y puedo preguntar por qué no ha venido él?

—Sufre de artritis y no puede moverse. Lleva una vida tranquila y apenas sale de casa. ¿No está interesada en saber más sobre Belhaven? ¿Sobre su abuelo y su futuro?

—No, señor, no mucho —contestó Anna, hablando con educación y franqueza. Entonces recordó la noche en que, teniendo seis años, había visto a su madre llorando desconsoladamente por su marido, muerto hacía años. Entre llantos de angustia, y tras haberse bebido media botella de ginebra, su madre le había hablado del trato cruel que había recibido por parte del mismo hombre del que hablaba Alex Kent.

Su madre, siempre atenta a no mostrar emociones ni sentimientos, no había vuelto a hablar del tema, pero Anna se había quedado profundamente afectada por aquello. Con toda la rabia y confusión de una niña, había jurado venganza por lo que su abuelo le había hecho a su madre. Y ahora ese mismo hombre clamaba el control sobre su vida.

—Cualquier interés que muestre mi abuelo por mí ahora llega con diecisiete años de retraso, señor Kent. He estudiado mucho para mis exámenes con la esperanza de poder seguir con mi educación. ¿Realmente espera que me olvide de todo y me dirija hacia una casa y hacia un hombre al que creía muerto? ¿Un hombre tan insensible que le dio la espalda a mi madre por casarse con el hombre al que quería?

Alex Kent se sentó en una esquina del escritorio, balanceando elegantemente un pie y obligándola a mirarlo correctamente por primera vez. Debía de tener veintisiete o veintiocho años; su piel estaba intensamente bronceada, sugiriendo unas largas vacaciones en el sur de Francia o algún sitio similar donde iban los ricos y famosos. Su bronceado contrastaba con sus ojos grises. Los rasgos de su cara eran regulares y su mirada penetrante. El pelo

negro, tan negro como el suyo propio, estaba peinado hacia atrás, y brillaba con el lustre del pelo de una pantera. Anna observó cómo se le rizaba al llegar a la nuca, así como el ancho de sus hombros bajo la chaqueta. Su mandíbula firme confirmaba su impresión de que no toleraría tonterías de nadie. Su presencia era imponente, haciéndola sentir vulnerable e incómoda mientras la miraba en silencio.

—La verdad es que no —contestó Alex—. Cuando su padre murió, su abuelo le pidió a su madre que regresara a casa. Ella se negó, permitiendo que el resentimiento y el mal juicio gobernaran sus acciones. Si no era feliz, la culpa era sólo suya. ¿Pero qué pasa con usted? Su madre era la secretaria de un contable en la ciudad, y vivía en una casa alquilada en Highgate. Usted debía de saber que no ganaba suficiente dinero como para enviarla a Gilchrist. ¿Nunca se preguntó de dónde sacaba el dinero para financiar su educación en una escuela tan prestigiosa? ¿Una escuela con altos rendimientos académicos que admite sólo a las hijas de los más ricos?

Anna se quedó pensativa. Alex Kent tenía razón. Gilchrist era una escuela cara y exclusiva. Había pensado en ello durante algún tiempo, pero finalmente lo había aceptado. Era más fácil así.

—No. Pero sospecho que estoy a punto de averiguarlo.

Alex asintió y dijo:

—Su abuelo. A pesar de su distanciamiento, su madre no tuvo reparos al aceptar su dinero para financiar su educación; pero no aceptó nada para ella. La protegió y le ocultó esos detalles. Usted nunca la cues-

tionó, lo cual indica que es estúpida o que le da miedo la realidad. Me inclino a pensar que es lo segundo.

—Si soy tan estúpida e ingenua como obviamente piensa, entonces sería mejor endurecerme a mi manera, con mi tipo de gente —contestó Anna.

Alex arqueó una ceja. Aquel comentario despertó su rabia y, cuando habló, su tono fue severo y directo.

—Su tipo de gente siempre ha residido en Belhaven. Endurézcase, por todos los medios, pero hágalo en el lugar indicado y con la gente indicada. Tal vez un año tras terminar la escuela le sirva de ayuda para adquirir encanto y seguridad en sí misma y, dado que se moverá en círculos con clase, tendrá que aprender a sentirse igual que cualquier hombre o mujer; lo cual, siendo la nieta y heredera de uno de los hombres más adinerados de Inglaterra, es importante.

Anna palideció y, durante un minuto, no pudo decir nada.

—Perdóneme. La verdad es que no tenía idea de lo rico que era mi abuelo. Así que su intención es convertirme en el prototipo de una joven adinerada de la alta sociedad.

—Que es exactamente lo que es —declaró Alex con una sonrisa y cierto tono de desprecio en la voz.

Con un vuelco en el corazón, Anna deseó no sentirse como una niña torpe e inexperta en su presencia. Era irritante ser juzgada por las apariencias.

—Es usted muy impertinente, señorita Preston —prosiguió él con tono de reproche—. Puede que Gilchrist haga especial hincapié en los valores académicos, pero parece carente en lo que respecta a los modales.

—Supongo que debo de parecerle impertinente —admitió ella mirándolo a los ojos—. Sin familia, con una madre que me ignoró durante toda mi vida, sin hermanos que me pongan en mi lugar y sin haber conocido a mi padre, digo todo tipo de cosas impertinentes, señor Kent. ¿Se supone que debo sentirme agradecida con mi abuelo? Porque, por mucho que lo intento, no encuentro una pizca de gratitud dentro de mí.

La rabia de Alex se esfumó y su expresión se suavizó.

—Lo siento si he sonado brusco —dijo gentilmente—. Debería haberlo sabido.

—Lo siento. No debería haber dicho eso. No es asunto suyo.

—Tiene razón, no lo es, pero se me da bien escuchar, si quiere hablar de ello —dijo Alex.

Anna negó con la cabeza y se sintió aliviada al ver que no insistía.

—La señorita Bartlet, su institutriz, siempre les ha enviado a los abogados de lord Manson informes sobre sus progresos. Dice que ha trabajado usted duro y le ha ido bien en clase, que es un orgullo para la escuela. Su abuelo está también orgulloso de usted. Se alegra de ver su dinero bien invertido.

—De modo que soy una inversión —señaló Anna con frialdad—. Me entusiasma saber que considera mis buenas notas en clase como un valor a cambio de dinero. Supongo que el haber aceptado su dinero todos estos años significa que tengo que darle algo a cambio. Supongo que él así lo espera, que es una deuda que hay que pagar. ¿Pero y si

decido no ir a estudiar al extranjero y rechazar todo lo que me ofrece porque no necesito la ayuda ni la protección de nadie? No es mi intención parecer una desagradecida, pero no me resulta agradable la idea de que alteren toda mi vida. Siempre he querido ser autosuficiente y poder abrirme camino en el mundo.

—Que es un rasgo que personalmente admiro en cualquiera, al contrario que su abuelo. Es una de las pocas cosas en las que no estamos de acuerdo. Él opina que una mujer sólo debe dedicarse al matrimonio y a la maternidad, que las mujeres no pueden aspirar a un empleo remunerado.

—Tal prejuicio es una estupidez en estos tiempos. Las mujeres ya no somos el sexo débil.

—No podría estar más de acuerdo, ¿pero detecto cierto toque feminista en sus palabras?

—Resulta que creo que las mujeres deberían tener las mismas oportunidades que los hombres. Si eso es feminismo, que así sea. Mi madre también era de esa opinión. Una cosa por la que le estoy agradecida es porque creyera firmemente en la educación de las mujeres, razón por la que se esforzó duramente para que yo pudiera estudiar.

—¿Y desea ir a la universidad?

—Sí. Estoy decidida. En Gilchrist se da poca prioridad a las tareas domésticas, como ya sabrá, señor Kent. El éxito académico es la meta principal, y la admisión en la universidad es el pináculo de la ambición, lo cual mi abuelo debía de saber cuando mi madre me envió allí. Sin embargo, al morir ella me di cuenta de que carezco de los medios para ir a

la universidad y, si es necesario, haré el examen de ingreso del Servicio Civil.

—¿Y hacer trabajo clerical?

—Si es necesario.

—No me la imagino exprimiéndose el cerebro frente a una máquina de escribir.

—Si es necesario, lo haré, señor Kent —dijo ella, y apretó la mandíbula de un modo tan parecido a Selwyn que Alex estuvo a punto de reírse.

—En su caso no es necesario. Usted heredará Belhaven por derecho. No hay ningún otro heredero directo, ni hijos ni nietos. Usted, señorita Preston, es la última descendiente de la familia. Si se negara a tener algo que ver con su abuelo, a su muerte, la finca quedaría dividida y sus tesoros se dispersarían.

—Entiendo. De modo que, a pesar de su poder y riqueza, mi abuelo no posee la inmortalidad —dijo Anna sarcásticamente.

—Nadie posee ese don.

Anna se quedó callada y agachó la mirada. Se sentía perdida y muy sola. No tenía nadie a quien recurrir. Nadie.

—Parece que no me queda más opción que acatar los deseos de mi madre y hacer lo que dice mi abuelo —dijo suavemente, sin ilusión.

—Es su heredera por derecho, así que mi consejo es que lo acepte con la elegancia y dignidad que su linaje merece. Lo que es más, el hecho de que el deseo de su madre fuera que su futuro estuviera en Belhaven con su abuelo me hace creer que lo habría perdonado si hubiera tenido la oportunidad que usted tiene ahora.

—Yo no soy mi madre —dijo Anna.

Temiendo que pudiera estar vacilando, dijo:

—Me doy cuenta de lo que debe de significar para usted la pérdida de su madre y respeto su duelo. Pero debe considerar el efecto que su muerte ha tenido en lord Manson. Sus sentimientos hacia ella eran muy profundos. Ella le causó un gran sufrimiento al desafiarlo y casarse con su padre. El hecho de que haya muerto tan súbitamente sin poder arreglar las cosas, lo cual su abuelo ha intentado hacer desde que ella se fue de casa, le ha causado un intenso dolor. La quería más de lo que imagina. Piense lo que piense, está destrozado.

—Sobrevivirá.

Emitiendo un suspiro de impaciencia, Alex la miró severamente.

—Estoy seguro de que lo hará. Es usted una joven inteligente, señorita Preston. Pronto acabará entendiendo a su abuelo, su sistema y sus peculiaridades.

—Mi madre me dijo que insistía en controlarla. Se libró de ella. Después de todo lo que hizo, ¿se supone que tengo que fingir que nunca ocurrió?

—Usted no es su juez, pero, aunque lo fuera, ¿no cree que sería mejor estar segura de los hechos antes de emitir una sentencia? ¿Va a condenar a su abuelo sin escuchar su defensa?

Anna lo miró solemnemente por un momento, luego dijo:

—No pretendo eso. Le permitiré exponer su caso. ¿Pero está insinuando que mi madre mentía, señor Kent?

—Siento ser yo quien le arrebate su ilusión, pero

su madre se marchó de Belhaven. Fue elección suya. Hay más matices en este asunto de los que parece a simple vista.

—Entonces sería un placer que me informara.

—Eso ha de hacerlo su abuelo. No yo —Alex se puso en pie y la ayudó a ponerse el abrigo—. Hay que trabajar en los detalles, pero no tiene que preocuparse por eso en este momento. Los abogados de su abuelo se pondrán en contacto con su institutriz cuando encuentren una escuela apropiada; tal vez en Francia o en Suiza. ¿Tiene alguna preferencia?

—No —respondió ella, incapaz de disimular la decepción que sentía al verse negada de la oportunidad de ir a la universidad. Pero tenía que ser sensata y práctica—. Dado que parece saber muchas cosas sobre mí, lo cual me parece bastante inquietante teniendo en cuenta que es un desconocido, sabrá también que nunca he salido más allá de Essex, así que cualquier lugar me parecerá bien.

—Razón de más para continuar su educación en el extranjero durante un año. Dicen que viajar ensancha la mente, sobre todo a su edad. Después irá a vivir a Belhaven. Su abuelo quiere que tenga la oportunidad de disfrutar de la temporada de fiestas y así poder buscar entre los diversos candidatos —añadió con un brillo irónico en la mirada.

Anna no encontraba nada gracioso en aquella idea.

—¿De verdad? Pues se sentirá decepcionado. No pienso asistir a las fiestas. No quiero que me presenten en sociedad ni tener puesta de largo. El objetivo de esa tontería es que una chica encuentre marido. El modo en que la ponen delante de todos

los hombres, para que la miren de arriba abajo como a un potro en una carrera me parece absurdo y pasado de moda, ¿no le parece? —se detuvo al ver la sonrisa del señor Kent mientras asentía—. No tengo intención de casarme en un futuro cercano, así que sería algo inútil y sin sentido.

Alex contuvo su sonrisa y adoptó una expresión de gravedad.

—Estoy muy de acuerdo, pero veremos qué ocurre cuando tenga edad para decidir, dentro de un año.

—La edad no tiene nada que ver —prosiguió Anna con cierta irritación—. No cambiaré de opinión, pero espero que mi abuelo sí. Sus ideas están anticuadas. No le veo sentido a enviarme al extranjero a una escuela cara. Será un dinero mal gastado. Si debe gastar su dinero en mí, preferiría que me enviara a la universidad.

—El objetivo de pasar un año estudiando en el extranjero es enriquecer la mente, no entrenarla para una ocupación concreta. Pero, haga lo que haga en el futuro, la educación le será de gran valor. Ya tendrá tiempo de ir a la universidad cuando regrese, y poder forjarse un futuro laboral si lo desea.

—¿Incluso aunque mi abuelo se oponga?

—Estoy seguro de que conseguirá ganárselo —dijo Alex, tratando desesperadamente de demostrarle que no era tan impotente como pensaba—. Tu abuelo es un buen hombre, Anna. ¿Te importa que te llame por tu nombre? —ella negó con la cabeza—. No es natural que dos personas que están unidas sean desconocidas.

—Pero, después de todos estos años…

—Quiere conocerte. Podrías hacerle feliz. Es el mejor hombre que jamás he conocido. Lo admiro enormemente —había muy pocas personas a las que Alex admirase—. Espero que algún día comprendas lo que quiero decir. Lo que puede hacer por ti no tiene límite, si se lo permites.

—El papel de abuelo no puede ser asumido por un completo desconocido, señor Kent, y no se puede esperar de mí que lo quiera por obligación.

—Eso es lo último que lord Manson esperaría de ti.

Anna se sentía muy intrigada por Alex Kent; lo miró y ladeó la cabeza.

—Supongo que fue usted a la universidad —dijo y, por un momento, él pareció desconcertado. Inmediatamente, Anna lamentó la indiscreción—. Lo siento. No quería inmiscuirme.

—No te preocupes. Puedes preguntar lo que quieras, siempre que sea razonable. Seré tan sincero y directo como pueda. Sí, fui a la universidad. Al Colegio Balliol, en Oxford.

—E imagino que obtuvo una titulación doble —dijo ella, y su sospecha quedó confirmada al ver la sonrisa en su cara—. Debió de trabajar muy duro.

—Ningún logro académico es automático.

—Señor Kent, realmente no deseo ir a la escuela en el extranjero, y la idea de tener una vida social a la que no estoy acostumbrada, rodeada de cientos de desconocidos, me horroriza. Es una vida frívola y sin sentido y no lo soportaría. Siempre he sabido lo que deseo hacer con mi vida. Lo sé… tal vez al igual que usted.

Él asintió lentamente y dijo:

—La ambición es lo primero. Ésa es una lección fundamental que aprendí hace mucho tiempo. Veo que hablas en serio, que estás decidida.

—Sí. Siempre he sido decidida y clara con respecto a lo que deseo. Y el hecho de poder detenerme ante el primer obstáculo sin duda significa que estoy perdiendo esas cualidades. Por favor, ¿intentará hacerle ver a mi abuelo lo importante que es para mí ir a la universidad? No olvide que no tengo que hacer lo que él desea. Aún puedo darle la espalda.

Alex se quedó callado, observándola seriamente, y entonces sonrió muy lentamente.

—Eso me suena a chantaje.

—¿De verdad? —preguntó Anna con expresión inocente—. No era mi intención. Simplemente intento poner mis condiciones.

—¿Con lord Manson? Muchos lo han intentado, pero han fracasado. Debo decirte que tu abuelo no ha tenido en cuenta la universidad y probablemente dirá que es una opción absurda, pero te prometo que lo intentaré.

—Oh, Dios mío —dijo Anna con ojos cargados de esperanza—, ¿cree que podría? Le estaría muy agradecida.

—Déjamelo a mí. Veré lo que puedo hacer. Ahora vamos, comeremos algo y luego te llevaré a la estación.

—Gracias, pero no es necesario —dijo ella con una sonrisa; una sonrisa que le produjo una extraña sensación a Alex en el estómago. Parecía estar mirando a una persona diferente—. La señorita Bartlet accedió a que el señor Cherry, el chofer de

la escuela, me trajese a la ciudad en coche. Adiós, señor Kent. Sin duda, volveremos a vernos; en Belhaven, quizá —se puso el sombrero y se dirigió con decisión hacia la puerta.

—¿Anna? —dijo Alex.

—¿Qué?

—Estás haciendo lo correcto yendo a Belhaven.

—Espero que tenga razón, pero, ocurra lo que ocurra, me las arreglaré, como siempre he hecho.

Alex vio cómo se marchaba. Jamás se había sentido tan despreciado. Tuvo que contener una sonrisa. Anna Preston era una joven dura, y su admiración por ella era evidente. Sintió un intenso calor al verla marchar y pensar en el modo en que su cara se había transformado con la sonrisa, llena de esperanza ante la posibilidad de poder ir a la universidad. Sospechaba que no sonreía con frecuencia y que, cuando lo hacía, era como si estuviera haciendo un favor.

Comenzó a preguntarse cómo sería ella después de tres años en la universidad, y si Selwyn no habría cometido un gran error al planificar su futuro de esa forma. Reservada, orgullosa y joven como era, sería interesante observarla madurar, incluso ayudarla a ello. En ese momento no sabía si sería una maldición o una bendición en Belhaven, pero estaba deseando descubrirlo.

Sentada en el asiento trasero del coche mientras el señor Cherry conducía entre el tráfico, Anna contemplaba el paisaje londinense sin ver nada en absoluto. Se sentía furiosa e inquieta después de la reu-

nión. Era duro enterarse de que tenía un abuelo por boca de un completo desconocido y no por boca de su madre, Lavinia, una hermosa e inaccesible desconocida. Como madre e hija, se habían respetado la una a la otra, pero nunca habían sido compañeras ni amigas. Anna nunca la había comprendido, y ya nunca podría hacerlo.

Habían pasado muy poco tiempo juntas. La pequeña casa alquilada de Highgate era simplemente un lugar al que Anna iba en Navidad y en vacaciones organizadas; ninguna de ellas felices. La muerte de su madre a causa de la neumonía había sido inesperada. Había sido enterrada en el cementerio de Highgate, como era su deseo, sin mucho alboroto y con sólo unos pocos amigos.

Y ahora el abuelo de Anna iba a hacerse cargo de su vida y a enviarla a una escuela en el extranjero, donde aprendería las horribles cosas que les enseñaban a las chicas que serían debutantes al año siguiente.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre la tapicería de cuero. Se sentía horriblemente triste ante la idea de que el señor Kent fracasara al intentar convencer a su abuelo de que le permitiese ir a la universidad, obligándola a posponer su sueño, a estar en deuda y a mostrar gratitud hacia un hombre que le había destrozado la vida a su madre. No era justo. Simplemente no era justo.

# *Dos*

El convento de las Hermanas de la Magdalena estaba en silencio. Flanqueada por sus monjas, la hermana Geraldine, la madre superiora, se detuvo de camino a las vísperas al ver al hombre que acababa de llegar. Al reconocerlo, se deshizo de las monjas y se acercó a él con las manos ocultas bajo las mangas y el rostro ajado por el tiempo y la oración. Tras saludarlo, lo condujo a través de un largo pasillo de piedra con nichos de santos. Muchas jóvenes habían pasado por el convento, pero sólo Sonya se había quedado. Finalmente la hermana Geraldine se detuvo frente a una puerta y se giró hacia el visitante, ofreciéndole una cálida sonrisa al ver su expresión de preocupación.

—Siento haber tenido que molestarle, pero me alegro de que haya venido. Sólo ha sido una recaída, nada como la última vez, pero pensé que querría saberlo. A pesar de su apariencia frágil, Sonya es una joven fuerte. Se pondrá bien. Entre a verla. Aún está sedada, así que puede que no responda o que sepa que está aquí, pero oír su voz seguro que le ayuda a descansar mejor.

—¿Qué ha causado la recaída, hermana? ¿Lo sabe?

La hermana Geraldine negó con la cabeza.

—Estaba en la fiesta del pueblo con la hermana Mary. Llevaba días esperando tal acontecimiento. No llevaban mucho tiempo allí cuando de pronto se puso nerviosa y comenzó a llorar, fuera de sí, incoherente. Dijo que había alguien en la fiesta a quien no quería ver, alguien que quería hacerle daño, y quiso regresar al convento, diciendo que estaba a punto de volver a ocurrir. Creo que fue el joven que la abandonó a quien vio. Ella… aún sueña; tiene horribles pesadillas.

El visitante sintió cómo un músculo se tensaba en su garganta mientras, con una mirada de rabia, dirigida no a la madre superiora sino al hombre al que se refería, decía:

—No son sueños, hermana Geraldine. Son recuerdos.

Ella asintió comprensivamente.

—Sí, sí. Lo sé. Esas cosas horribles que vio de pequeña, sus recuerdos, aún son tan reales como entonces. No se van. Se quedan con ella. Vendré a verle después de las vísperas.

La hermana Geraldine se dio la vuelta y se alejó en silencio por el pasillo, sabiendo que él no se marcharía hasta asegurarse de que Sonya estuviera bien. Durante esos años, la hermana Geraldine le había tomado cariño a Alex Kent. Lo había conocido en 1919, en Londres, en un albergue para indigentes donde ella trabajaba como voluntaria por aquella época. Alex y su hermana eran refugiados de Rusia, que se hallaba destrozada por la guerra. A los quince

años, se mostraba muy protector con su hermana pequeña, de tan sólo nueve. Ella había observado con interés cómo Alex luchaba por dejar atrás su pasado y, siendo brillante en los estudios, se había distinguido y seguía siendo humilde. Era un buen hombre, el mejor que había conocido, y ella tenía una buena razón para estarle agradecida; sus donaciones al convento eran tales que no habría podido sobrevivir sin ellas.

Sin embargo, las hermanas habían acogido a Sonya con todo su corazón. Había llegado a ellas destrozada y aterrorizada. No podía hablar, debido a los horrores que había presenciado en su Rusia natal; cosas que ningún niño debería ver. Sonya había convertido su pequeño cuerpo en un bloque de acero impenetrable, no pronunciando palabra alguna en mucho tiempo. Pero, gradualmente, con el amor y el cariño de las hermanas y de Alex, había vuelto a florecer. Pero había recaído tristemente a causa de ese terrible asunto, cuatro años atrás; algo de lo que temían que nunca se recuperase.

Alex abrió la puerta del dormitorio de Sonya y entró. El mobiliario era espartano, y los únicos adornos de las paredes eran un crucifijo y un cuadro de la Virgen colgado sobre la cama, donde se encontraba su hermana. Se acercó y la miró, viendo su diminuto cuerpo apenas sobresalir por debajo de las sábanas. Se le encogió el corazón. Se quedó un tiempo contemplando su rostro; tanto que no fue consciente del paso del tiempo. Finalmente, como si ella hubiera sentido su presencia, abrió los ojos y lo miró.

—Alex —murmuró, mirándolo con ojos sedados. Apretó los labios y pareció recordar. ¿Pero qué

recordaba? Había estado enferma y, peor aún, su mente se había vuelto confusa, como había ocurrido dos veces antes; cuando era niña y al descubrir que estaba embarazada.

Alex se inclinó sobre ella y le tomó una mano.

—No quiero molestarte —dijo suavemente, sentándose en la cama junto a ella—. Has estado enferma, Sonya. Intenta descansar. Olvida lo que ha ocurrido.

Ella frunció el ceño, aún desorientada por el sedante que le había administrado el doctor.

—¿Olvidar? ¿Qué quieres decir? ¿Qué debo olvidar? No lo comprendo, Alex.

—No, claro que no. Trata de volver a dormirte.

—Lo haré, y gracias por no hablar de ello. Estaré bien si no hablas de ello.

Como una niña, obedeció y cerró los ojos. Alex se sintió aliviado. Por el momento, Sonya no recordaba lo que le había ocurrido; no recordaba la horrible noche en que había intentado quitarse la vida, ni por qué. Suavemente, sus dedos le apartaron el pelo de la cara e, inclinándose sobre ella, le dio un beso en la frente.

—Duerme, Sonya. Te quiero. Cuando te despiertes, estaré aquí —se quedó sentado a su lado y agachó la cabeza. Su vigilia silenciosa duraría toda la noche y, cuando Sonya despertara y lo viera allí, se convencería de que la quería, de que haría cualquier cosa para que fuera feliz.

Habiendo acabado sus exámenes, Anna se encontraba empaquetando algunos libros y objetos perso-

nales que había ido acumulando durante los seis años que había pasado en Gilchrist, cuando la secretaria de la señorita Bartlet llamó y asomó la cabeza por la puerta.

—Una llamada telefónica para ti, Anna, en mi oficina.

Anna dejó lo que estaba haciendo y se quedó mirándola. Ella no era como las otras chicas; nadie la llamaba nunca.

—¿Está segura de que es a mí a quien buscan? ¿De quién se trata?

—Un tal señor Kent.

Anna se quedó con la boca abierta.

—Oh, será mejor que hable con él. Gracias —corrió escaleras abajo para no hacerle esperar y contestó casi sin aliento—. Hola, señor Kent.

—Hola otra vez, Anna. ¿Cómo estás? Bien, espero.

La voz profunda y ligeramente acentuada al otro lado de la línea le provocó un vuelco en el corazón.

—Sí, sí, muy bien, gracias.

—Pensé que querrías saber que tu abuelo está de acuerdo con tu petición de ir a la universidad.

—Pero… eso es maravilloso. No puede imaginar lo que significa para mí.

—Oh, claro que puedo —contestó él riéndose.

—Muchas gracias. ¿Fue difícil convencerlo?

—No. De hecho, estuvo encantado, y orgulloso. Así que, adelante, Anna.

—Primero necesito las notas.

—De acuerdo —dijo él—. Pero tengo otra razón para llamarte.

—¿Sí?

—Pensé que querrías disfrutar de algo de tiempo libre cuando te den las notas y obtengas plaza en la universidad. Lord y lady Ormsby, unos amigos de tu abuelo, sugirieron que fueras con ellos. Van a alquilar una villa en la Riviera durante el verano. Tienen una hija, Tamsin, algo más joven que tú. Ha concluido su educación aquí y terminará la escuela en Suiza en otoño. Creo que te caerá bien. ¿Qué te parece? ¿Te apetece pasar tus vacaciones bajo el sol?

—Vaya, no sé. Nunca antes he ido de vacaciones.

—Pues ya es hora de que lo hagas. ¿Hay algo que te preocupe?

—Es el gasto.

—No te preocupes —dijo él—. Tu abuelo te pasará una pensión, así que podrás comprarte ropa y cualquier cosa que necesites antes de irte. Lady Ormsby se pondrá en contacto contigo para concretar los detalles. Has de intentar disfrutar de las próximas semanas y no pensar en nada salvo en lo que te apetezca hacer. ¿Será eso tan difícil?

—Puede ser. No estoy acostumbrada a la vida contemplativa.

—Creo que deberías intentarlo sólo por diversión. ¿Alguna vez has hecho algo sólo por diversión, Anna?

—No. Nunca.

—¿Quieres ir?

—Sí, sí, claro que quiero.

—Entonces está arreglado.

—Sólo durante unas pocas semanas. Debo regresar para prepararme para el comienzo del curso; tengo cosas que comprar.

—Por supuesto. De eso nos encargaremos más tarde.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—Lo que quieras.

—¿Por qué está haciendo esto? ¿Siendo amable conmigo?

—Porque resulta que me caes bien y voy a salvarte de ti misma aunque sea lo último que haga.

—No sé qué decir.

—Simplemente di que sí.

—Sí, gracias.

—De nada. Buena suerte, Anna.

Tras colgar el teléfono, Anna se quedó de pie contemplándolo durante un minuto. Estaba extrañamente excitada. ¡Unas vacaciones! Era sin duda lo mejor que podría haberle ocurrido. Solucionaba su problema sobre qué hacer durante el verano, retrasando el momento de tener que ir a Belhaven a conocer a su abuelo. Sin embargo, comenzaba a sentir los primeros síntomas de gratitud hacia él por acceder a su petición. Le escribiría una carta dándole las gracias cuando tuviera las notas.

Anna aprobó los exámenes con buena nota y se aseguró una plaza en el colegio Somerville de Oxford para estudiar literatura inglesa. La carta que le escribió a su abuelo fue lo más difícil que había escrito jamás. Recibió una respuesta de Alex Kent

en su nombre. Era breve: *Enhorabuena, bien hecho. Te lo mereces.*

Tras regresar después de dos días en Belhaven ocupándose de ciertos negocios con Selwyn, Alex abrió la puerta al oír que llamaban. Se quedó mirando con sorpresa e incredulidad a aquel hombre con el abrigo y el sombrero empapados. Después de dieciséis años no podía ser cierto. Algo en su interior se rompió y dejó de moverse. Era Victor Melinkov, su padrastro, y estaba mirándolo con ojos calculadores. Unos ojos que albergaban un vacío que no estaba allí antes.

Inmediatamente, los recuerdos que Alex había enterrado en lo más profundo de su mente salieron de su tumba para atormentarlo; su huida de Rusia siendo joven, dejando atrás no sólo las cenizas de su madre y su país natal, sino a aquel hombre que había abandonado a su mujer e hija en un momento en que más lo necesitaban para alistarse en el ejército.

—Victor Melinkov. ¿Qué diablos quieres? —preguntó con frialdad, hablando en su ruso natal—. No tienes derecho a venir aquí.

—¿Derecho? Tengo todo el derecho. Ha pasado mucho tiempo, Alexei Ivanovitch Petrovna —dijo Victor con la misma arrogancia de siempre.

—No el suficiente. Di lo que tengas que decir y luego sal de mi vida para siempre.

—Nuestros caminos parecen destinados a cruzarse. ¿Pensabas que desaparecería de tu vida mien-

tras tuvieras a mi hija? Cuando regresé y descubrí lo que había ocurrido, cuando vi el pueblo quemado, pensé que todos habíais muerto. Pero entonces me dijeron que Sonya y tú os habíais ido. Juré que os encontraría. ¿Qué has hecho con ella? —preguntó mientras entraba en el apartamento, como si esperase encontrarla allí.

Alex cerró la puerta y lo siguió.

—Renunciaste al derecho a llamarla hija tuya cuando la abandonaste a su suerte como a nuestra madre.

Victor lo miró fijamente, claramente irritado por tener que recordar aquello.

—Con qué facilidad te enfureces —dijo hablando en un inglés muy acentuado; Alex se quedó impresionado al ver su progreso en el idioma que Victor se había negado a aprender al casarse con su madre—. Te pareces a tu madre. Ella solía perder los nervios; no como tu padre, que era un soñador amable. Yo no abandoné a Sonya y a tu madre a su suerte. Si no me hubiera alistado en el ejército voluntariamente, me habrían reclutado igualmente. De haberme negado, me habrían disparado. Ya lo sabes. Veo que las cosas te han ido bien.

—¿Crees que lo que tengo me lo han regalado? He triunfado con nada más que mi cerebro y mi habilidad.

—Nunca regresaste a Rusia.

—La Rusia de mi infancia ya no existe. Me siento agradecido por lo que Gran Bretaña me ofreció. La Unión Soviética bajo el mando de Lenin no significa nada salvo depresión, esclavitud… y asesina-

to. Vayamos directos al asunto. ¿Qué es lo que quieres?

—A mi hija. He venido a ver a Sonyasha.

—Sonya no es asunto tuyo. Está feliz de vivir aquí en Inglaterra, conmigo. Para ella estás muerto.

Victor dio un paso hacia delante y adoptó una actitud amenazante.

—Pero, como puedes ver, no estoy muerto. De hecho, estoy muy vivo y pienso seguir así. Dime dónde está o te lo sacaré a golpes.

Alex contempló a Victor con desprecio.

—Odioso bastardo. ¿Crees que viniendo aquí y amenazándome vas a lograr aterrorizarme? Los tiempos han cambiado. No me acobardaré ante ti como hacen otros. Sonya está bien y en un lugar seguro.

—Y tú estás seguro de eso, ¿verdad?

—Tan seguro como es posible estarlo. ¿Dónde has estado todos estos años? ¿Por qué no la buscaste antes? —preguntó Alex, y vio cómo la mirada de Victor se oscurecía.

—Me metí en algunos problemas. Me arrestaron y me llevaron a un campo de trabajo en Siberia, donde pasé trece años —dijo Victor con más desprecio que vergüenza—. Fue un infierno, un lugar donde se olvidan de los hombres, donde uno renuncia a la esperanza. Yo fui de los afortunados. Salí con vida.

—Lo siento —dijo Alex con sinceridad. Estaba muy familiarizado con los horrores de los campos de trabajo—. Debió de ser muy duro.

—Sólo los que han pasado tiempo allí saben lo